

Al príncipe tu dueño tan impía,  
 Que muerte al jóven diste,  
 De Orlando predilecta compañía?  
 De Durandarte el furibundo tajo  
 El grueso cerco del almete parte,  
 Y la cofia de acero, que debajo  
 Del almete se hallaba. Brandimarte,  
 Su faz tiñendo en pálida azucena,  
 Abandona el arzon, y el suelo empapa  
 Con roja sangre, que por ancha vena  
 A borbotones de su sien se escapa.  
 En si volviendo en esto,  
 Con los ojos Roldan en torno gira,  
 Y el destino funesto  
 Del caro amigo, estupefacto mira.  
 En la actitud del rey Gradaso, presto  
 Conoce al matador, y ardiendo en ira,  
 Por desfogarla olvida su quebranto.  
 Mas tiempo es ya de terminar mi canto.

## CANTO XLII.

Mueren Agramante y Gradaso á manos de Orlando. — Encuéntrase Reinaldo con un monstruo, que le ataca, y con el Desden, que viene á su socorro. — Diríjese á la isla de Lampedusa. — Descripción de un magnífico palacio, cuyo huésped presenta á Reinaldo la copa encantada.

¿Qué lazo habrá, qué freno, qué cadena  
 Forjada, á ser posible, de diamante,  
 Que en sus límites pueda  
 Contener el ardor de un pecho amante,  
 Cuando ve, por violencia ó por engaño.  
 Al caro objeto expuesto á mengua ó daño?  
 Excusa pues, mas bien que vituperio,  
 En tal caso merece el que se entrega  
 Al ímpetu que su alma ofusca y ciega,  
 A la razon privando de su imperio.

Aquiles, cuando bajo ajenas armas  
 Muerto vido á Patroclo ante sus ojos,  
 No se juzgó bastante satisfecho  
 Matando al matador, y en su despecho,  
 Arrastró por el suelo sus despojos.

Semejante furor, ¡oh Alfonso invicto!  
 Se apoderó de vuestra altiva gente  
 La pena al ver que, hiriéndoos en la frente,  
 Os puso á ellos y á vos en gran conflicto.  
 Tal su cólera fué, que, sin que foso  
 Ni muralla valiese al enemigo,  
 Dándole justo y ejemplar castigo  
 Un hombre no dejó que hacer notoria  
 Pudiese tu desgracia y vuestra gloria.

El miraros en tierra, fué el motivo  
 Que excitó á vuestro pueblo; y ménos vivo  
 Fuera, y no tan funesto  
 El combate quizá, á no ser por esto.  
 Bastábanos ver á Bastia subyugada  
 En ménos horas que pusieron días  
 Para ganarla, impías,  
 Las haces del de Córdoba y Granada.

Del cielo esto sin duda fué permiso.  
 Poniéndoos fuera de combate, quiso  
 Vengar de su rigor con todo el peso  
 El deplorable exceso  
 Sobre el fiel Vestidelo cometido,  
 Que fatigado, herido  
 Y sin armas rindiéndose, la muerte  
 Menguado recibió de cien espadas,  
 Mas moras, que de gentes bautizadas.

Concluyo pues, y digo  
 Que nada hay mas terrible que la furia  
 De aquel que de su jefe, de su amigo,  
 O de su deudo, presenció la injuria;  
 Nadie habrá pues á quien parezca extraña  
 La inexorable saña  
 Del de Anger, viendo del corcel abajo



Al caro amigo descender de un tajo.  
 Cual nómade pastor que, airado, observa  
 Llegar silbando la horrible serpiente,  
 Que á su hijo, que triscaba por la yerba,  
 La muerte dió con venenoso diente,  
 Alza sobre ella su robusta estaca;  
 Orlando así, con su terrible acero,  
 Furibundo, al primero  
 Que ante su vista se presenta, ataca.  
 Este Agramante fué, que, sin espada,  
 Roto el broquel, deshecha la celada,  
 Y en cien parajes de su cuerpo herido,  
 Se esquivó, cual tal vez, en su ansia suma  
 De escapar al halcon, entre sus garras  
 Se deja el gavilan despavorido  
 De su ala ó de su cola alguna pluma.  
 Orlando llega, y golpe le da justo  
 Do se une la cabeza con el busto.  
 Suelto el almete, desarmado el cuello  
 Presenta al golpe de la ruda espada  
 El moro rey, que la postrer boqueada  
 Viene á exhalar sobre la tierra, mientras  
 Que su alma baja á la infernal morada.  
 Sin detenerse el paladin de Anglante,  
 El hierro alzando, al Sericano encuentra.  
 Testigo de la muerte de Agramante,  
 Contra su usanza, pálido el semblante  
 Muestra, y con alma triste é irresoluta,  
 Vencido se reputa,  
 Fuerzas en sí no hallando  
 Para oponerse al impetu de Orlando.  
 Por bajo aqueste á la postrer costilla  
 Del diestro lado hiriéndole, no tarda  
 En ver de Balisarda  
 Salir un palmo y mas por el siniestro  
 Ensangrentada la fatal cuchilla,  
 Que solo por tal mano,  
 Con tal arte y tal ánimo esgrimida,

Pudo quitar la vida  
 Al mas pujante y mas feroz pagano.  
 Poco de esta victoria satisfecho,  
 De su corcel Orlando en tierra salta,  
 Y con turbada faz é inquieto pecho  
 Corre hácia Brandimarte, que la arena  
 Sobre que yace, con su sangre esmalta.  
 La celada destácale, que, hendida,  
 Cual del hacha al contacto la corteza,  
 Su sangrienta cabeza  
 Ver deja hasta los ojos dividida.  
 Esto no obstante, el triste jóven vida  
 Y fuerza asaz conserva  
 Para pedir perdon al Dios del cielo,  
 Y calmar del de Argel la cuita acerba  
 Con algunas palabras de consuelo.  
 « Roldan, » le dice, « de la tumba al borde  
 « Te ruego ores por mí y ores por Florde... »  
 Lis no pudo decir; faltale aliento.  
 Y mientras, libre del corpóreo lazo,  
 Pura su alma se eleva al firmamento,  
 En torno de ella de ángeles un coro  
 Cántico entona armónico y sonoro.  
 Bien que, ocular testigo  
 De la muerte ejemplar del caro amigo,  
 Dudar Roldan no puede que de aqueste  
 El alma se alza á la mansion celeste;  
 Su rostro, sin embargo,  
 Cede al humano instinto, y llanto amargo  
 Del jóven á quien ama  
 Sobre el cadáver pálido derrama.  
 De las heridas de Sobrino en tanto  
 Es tal la sangre que á raudales brota,  
 Que imposible parece  
 Que conserve en sus venas una gota.  
 De allí no léjos, el marques de Siena  
 Tendido yace en tierra, y, oprimido  
 So el robusto corcel, mover apena



Puede el pié magullado y contundido,  
 Y si, bien que angustiado y afligido,  
 No viniera á su auxilio su cuñado,  
 Por siempre allí quedarase sin duda,  
 Pues dar no puede un paso sin ayuda.

Poco contento de esta lid funesta

Experimenta Orlando  
 Al ver el precio que á Oliveros cuesta,  
 Y muerto á Brandimarte contemplando.  
 Mas Sobrino, reparando en esto  
 Que por mas de una herida  
 Vertiendo un mar de púrpura, de vida  
 Conserva apénas un escaso resto,  
 Le anima y le consuela

Cual lo hiciera á su amigo ó su pariente.  
 Vendar manda sus llagas, y á su lado  
 Porque le asistan con esmero vela,  
 Pues no ménos de humano y de clemente  
 En el triunfo blasona,  
 Que en la lid de arrogante y despiadado.

De los muertos guerreros  
 Armas toma y caballos, y abandona  
 El resto á sus secuaces y escuderos.

Por cuanto, empero, de decir acabo  
 De embustero me acusa

Federico Fulgoso, el cual de un cabo  
 Hasta el otro la costa berberisca  
 Habiendo recorrido, á Lampedusa  
 Aportó, y tan fragosa y tan arisca  
 La halló, que dice no hay un palmo en ella  
 De suelo llano do poner la huella;  
 Inverosímil juzga, por lo tanto,  
 Que ser pudiera este peñon alpeste  
 Digno teatro del combate ecuestre  
 De los seis héroes, de la tierra espanto.

A esta objecion respondo, que en los tiempos  
 De que hablé yo, se via  
 En el centro de la isla una gran plaza,

Que obstruye y embaraza  
 Hoy un peñasco, en mil pedazos roto  
 Por reciente y terrible terremoto.

Así pues, oh glorioso Federico,  
 De vuestra alta progenie ejemplo y faro,  
 Pues en presencia del monarca caro  
 Por quien feliz y rico  
 Vive hoy en paz el ferrares, de aquesta,  
 Que mentira llamais, me habeis culpado,  
 A decirle os exhorto y os suplico  
 Que no anduve quizá desacertado.

En este tiempo por la mar divisa  
 Roldan una galera,  
 Que hácia la insula boga á toda prisa,  
 Cual si atracar quisiese en su ribera.  
 De los que en ella vienen no es mi intento  
 Hablar aquí, pues retornar es justo  
 A las francesas costas un momento.  
 Veamos, pues, si júbilo ó disgusto  
 Sintió el frances desbaratando al moro,  
 Y el partido que toma Bradamante  
 Privada de su amor, de su tesoro,  
 No obstante el juramento  
 Hecho no ha mucho por Roger delante  
 Del moro y del cristiano campamento.

Este golpe de su última esperanza  
 A su angustiado corazon despeja,  
 Y de nuevo, segun su triste usanza,  
 Entregándose al llanto y la congoja,  
 Trata á Roger de ingrato y de perjuro,  
 Y al destino de bárbaro y de duro.

Soltando luego á su dolor la rienda,  
 Injusto llama, débil, impotente  
 Al cielo, que consiente  
 Dejar impune esta traicion horrenda.  
 De la cueva el oráculo maldice,  
 Y acusando de pérfida á Melisa,  
 «¿Porqué en el mar de amor, porqué,» le dice,



« Hoy me abandonas, náufraga infelice? »  
 Mas de Roger de nuevo con Marfisa  
 Torna á hablar, y en la cuita que la aqueja  
 Le pide que la apoye y la proteja.

Encogiéndose de hombros, de su amiga  
 Con esperanzas el dolor mitiga  
 La bella dama, y á creer la exhorta  
 Que de Roger la ausencia será corta;  
 Y que á ser de otro modo, ella se obliga  
 A buscar sin descanso al fementido,  
 A provocarle á singular combate,  
 Y á forzarle á cumplir lo prometido.

Mientras así de la de Amon un tanto  
 Calma Marfisa el hórrido quebranto,  
 De su hermano á deciros  
 Voy la ardiente pasion que su alma abrasa,  
 Haciéndole exhalar hondos suspiros.

Reinaldo, cual sabeis, violento afecto  
 Sentia por Angélica la bella,  
 Méenos de la beldad de la doncella  
 Que de un extraño encanto por efecto.  
 Vencedores de altivos musulmanes,  
 Los de Cristo en sus tiendas se reposan;  
 Solo Reinaldo vela, á quien acosan  
 De su amor la esperanza y los afanes.

Despues de haber cien nuncios despachado,  
 Y de haber él corrido en busca suya,  
 Recurre á Malgesi, porque le instruya  
 De lo que debe hacer. Triste, turbado,  
 Cubierto de rubor, su amor le cuenta,  
 Y le ruega por Dios donde, le diga,  
 Podrá encontrar á su adorada amiga.

No causa á Malgesi poca sorpresa  
 Este descubrimiento; pues no ignora  
 Que cien veces Reinaldo á la princesa  
 Pudo gozar, por quien suspira agora.  
 Por convencerle dello, cuanto pudo  
 Hizo él mismo, empleando

Ora de la amistad el eco blando,  
 Ora de la amenaza el tono rudo.  
 Bien que Reinaldo entonce un gran motivo  
 Para rendirse á su pasion tenia,  
 Pues libertaba á Malgesi cautivo,  
 Desdeñó la beldad á quien hoy cede,  
 Hoy que esto aprovechar á nadie puede.

De esta pasion, empero, la violencia  
 Midiendo Malgesi por la insistencia  
 Que en saber nuevas de su amada pone,  
 Toda antigua ocasion de encono olvida,  
 Y á servir á Reinaldo se dispone.

Un plazo para darle la respuesta  
 Pídele pues, y animale y le exhorta,  
 Prometiéndole hacerle manifesta  
 La nueva que saber tanto le importa.  
 Y de allí dirigiéndose al paraje  
 Do se reune el infernal linaje,  
 Que era entre montes una cueva oscura,  
 Llama á la multitud, que se apresura  
 A acudir á su voz. Su libro abriendo  
 Luego, y uno eligiendo  
 De entre aquellos espíritus estigios,  
 Versado del amor en los prodigios,  
 Se inquiere como, indiferente ha poco,  
 Reinaldo hoy por Angélica está loco.

Hablar entónces oye de las fuentes  
 De que una inspira amor, y otra lo apaga,  
 Y de que, con virtudes diferentes,  
 Una cura la llaga  
 Que la otra abrió. Narrar luego oye, como  
 Bebido habiendo el paladin de aquella  
 Que en las venas y el alma infunde plomo,  
 Las súplicas de Angélica la bella,  
 Indiferente, rechazó, y el modo  
 Con que, guiado por su inicua estrella  
 Junto á la fuente del amor, beodo,  
 Gustando su agua, se sintió, y en fuego



Sintió su frialdad trocarse luego.

Guiado, sí, por su fatal destino  
En la onda helada vino  
A beber fuego, mientras  
Que en el cauce vecino  
Medio Angélica encuentra  
De apagar su pasión por el que, ingrato  
Hasta hoy, por ella hoy siente  
Latir su pecho en súbito arrebató.

Dé cuanto es á Reinaldo concerniente  
Se entera Malgesi, y oye asombrado  
Cual ha de un moro jóven al deseo  
Su corazón Angélica entregado,  
Y cual con él el límite europeo  
Abandonó, lanzándose á las olas  
Sobre audaces galeras españolas.

Cuando por la respuesta  
Viene el hijo de Amon, su primo trata  
De hacerle olvide la pasión funesta  
Que siente por la ingrata,  
Que, por villano moro ardiendo, agora  
Con él en este instante  
Navega hácia los reinos del Levante.

La partida Reinaldo no deplora  
Asaz tal vez para perder el sueño,  
Ni persistiera acaso en el empeño  
De partir al Catay; mas es inmensa  
Su pena, es sin igual su desconsuelo,  
Cuando en la dicha piensa  
Que le arrebató el árabe mozuelo.

Trémulo el corazón, trémulo el labio  
Ni un solo acento proferir le deja;  
Veneno exhala, y súbito, su agravio  
Devorando y su afán, de allí se aleja,  
Y, estimulado por su acerba cuita,  
Hácia el Levante retornar medita.

Del hijo de Pepino  
La venia so pretexto solicita





Reinaldo acometido por un monstruo. (T. II, p 337.)

De alcanzar, emprendiendo este camino,  
Al rey de Sericania, que se lleva  
Sin razon á Bayardo, de hacer prueba  
Con él, y de impedille  
Se glorie, en su bárbara jactancia,  
De haber vencido á un paladin de Francia.

Bien que, cual todos, el monarca augusto  
Acongojado, á su partida accede,  
Pues negarse no puede  
A este deseo, al parecer tan justo;  
Guidon salvaje y el danes guerrero  
Acompañarle quieren. El empero  
A sus ruegos resiste,  
Y parte solo, enamorado y triste.

De borrar de su mente trata en vano  
El recuerdo fatal de la ventura  
De que pudo gozar, viendo en su mano  
De Angélica el amor y la hermosura.  
La suerte que le cupo  
Soberbio entónces apreciar no supo,  
Y hoy su existencia entera  
De aquel placer por breves horas diera.

Pensando va tambien, como ha podido  
Adquirir un rapaz oscuro y pobre  
De Angélica en el alma un puesto, sobre  
Tanto y tanto guerrero esclarecido.  
Fija su mente en esta triste idea,  
Reinaldo el paso hácia el Oriente guia,  
Y llega al Rin, y llega á Basilea  
Y de Ardena en fin ve la selva umbria.

Por ella caminando muchas millas,  
Y atras dejando alcázares y villas,  
Llega al sitio mas lóbrego y salvaje.  
Tras espeso celaje

Se esconde el sol, y de una cueva oscura  
Un monstruo sale en femenil figura.

Sus mil ojos sin párpados al sueño  
No se cierran jamas, de orejas cuenta